

Redescubrir la Misa

Ángel Cabrero Ugarte

c^e
COBEL EDICIONES

Agradecimiento

**Siento un agradecimiento grande por las muchas ocasiones
que tuve de asistir a la misa del Beato Álvaro**

Indice

1.	Introducción	9
2.	Qué celebramos	13
2.1.	Creación, caída y redención.	17
2.2.	Los sacrificios en el Antiguo Testamento	20
2.3.	La Última Cena.	24
2.4.	El Sacrificio de Jesucristo	29
2.5.	Renovación del sacrificio del Calvario	34
3.	Participar, no oír. Alma sacerdotal	39
4.	Las partes de la Misa	45
4.1.	Entrada	48
4.2.	Liturgia de la Palabra	50
4.3.	Liturgia eucarística	54
4.4.	Despedida	60
5.	Dar gracias. Pedir.	63
6.	El silencio, el recogimiento, el seguimiento	67
7.	Cómo prepararnos	73
Con tiempo	73	
Confesión	74	
Ayuno eucarístico	75	
Presentación. Modo de vestir	76	
8.	El “cuándo”. Las prioridades	81
9.	Diversas celebraciones	85
Misas para niños.	85	
Bodas	86	
Bautizos	87	
Funerales	87	
10.	Misa frecuente	89
11.	La música sacra	93
12.	El valor de la misa	97
13.	Presencia de Jesús en el sagrario. Vida eucarística	103

1. Introducción

Hay ciertas expresiones frecuentes en castellano, al menos en el modo vulgar de hablar entre nosotros, que pueden despistar no poco al cristiano de a pie. Una de ellas es la idea repetida habitualmente de “oír misa”. Abundaremos sobre esta idea, pero vaya por delante que no vamos a “oír”, vamos a participar, a ser parte, porque queremos unirnos con alma sacerdotal a Jesucristo Redentor, que se ofrece cada día por nosotros, y queremos ofrecernos con Él. Poco tiene que ver esto con oír.

Otra forma de hablar, consecuencia de la anterior, pero que produce ciertas faltas de entendimiento es “la obligación de oír misa entera todos los domingos...”. Utilizar estos términos como cuestión prioritaria en la catequesis o en las enseñanzas normales de la Iglesia supone ponerse en lo negativo. No tengo ganas de ir a la iglesia el domingo, porque el sacerdote me parece pesado, porque estoy cansado, pero “tengo obligación”.

No es normal que vayamos por la vida diciendo que tengo obligación de comer. “Me apetece ir a comer”, “tengo hambre y me hace falta”, “a ver qué me ponen hoy”, son frases que pueden surgir en la conversación normal, pero no es muy habitual que alguien diga “tengo obligación de comer”, salvo que esté un poco enfermo y el médico le haya advertido de esa necesidad. Pero no deja de ser raro.

Si nos tienen que decir que “es obligatorio ir a misa” es que no se entienden bien las cosas. No se valora el Santo Sacrificio. Si estuviéramos habitualmente deseando asistir a la Santa Misa dominical o diaria, dejaría de aparecer la idea de “es obligatorio...”. “Los fieles están obligados a participar en la Eucaristía los días de precepto”, dice el Catecismo de la Iglesia (n. 2181). Tiene que decirlo, por si alguno no se ha enterado, pero lo ideal sería que no necesitáramos la advertencia.

Lo indica de modo expreso el Concilio Vaticano II: “La Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada” (Const. Sacrosanctum Concilium, 48).

Al escribir estas páginas hay un deseo de desechar ciertos planteamientos, porque, en la medida en que comprendamos bien la maravilla que es el Santo Sacrificio instituido por Jesucristo, desaparecerá, tarde o temprano, esa expresión que, sin duda, tiene un matiz peyorativo.

Es verdad que es obligatorio, o sea que, si sabemos de alguien que está despistado sobre qué es la Eucaristía, quizá hay que recordarle: “Oye, vente a misa, que es algo muy grande. Ya sabes, es una obligación lógica de los cristianos”. Algo así habría que decirle, aunque no serviría de mucho. Lo que de verdad sirve es entender bien qué es lo que ocurre en la iglesia, en el altar, cada día, cuando el sacerdote se dispone a renovar el Sacrificio de Jesucristo en el Calvario. Entonces no iremos solo los domingos, porque sea obligatorio, sino todos los días, como de hecho hace mucha gente.

Por eso a veces hay que volver sobre lo esencial. Puede ser que todo lo que se diga aquí sean conceptos bien conocidos. Pero también ocurre que se introduce fácilmente una cierta rutina, y nos viene bien que nos recuerden lo fundamental sobre el sacrificio eucarístico que vamos a celebrar.

Recordaremos que la misa tiene cuatro partes bien definidas y cuál es el sentido de cada una, pero sobre todo profundizaremos en el concepto de sacrificio, para comprender mejor la relación que tiene el “sacrificio eucarístico” con los sacrificios de la antigüedad y con el sacrificio de Jesucristo en la cruz.

Es lo que debemos tener en cuenta cuando vamos dispuestos a participar en el Santo Sacrificio del altar. Pero además saldrán algunas ideas de cómo prepararnos, porque si vamos a intervenir en algo que es lo más importante que puede ocurrir en nuestra vida, participar en el sacrificio de Jesucristo y comulgar con el pan eucarístico que es el Cuerpo de Cristo, es lógico que nos lo pensemos dos veces.

Y también añadiremos algunas consideraciones sobre cómo estar, cómo comportarnos, cómo damos gracias, de manera que la renovación del sacrificio de Jesucristo no pase por nosotros como una obligación que hay que cumplir sin más.

Capítulos breves, con las consideraciones más importantes, sin meternos en demasiadas profundidades teológicas que pueden encontrarse en muchos libros, acompañados con algunos textos de autores importantes para completar, en nuestra meditación, las enseñanzas leídas.

2. Qué celebramos

“Contra la opinión generalizada entre los judíos de un Mesías poderoso que iba a liberar al pueblo de dominaciones extranjeras y vencer a sus enemigos, Dios fue inculcando la idea de una Víctima que se ofrecería en sacrificio por los pecados y por el cual, debido al carácter de la Víctima que se ofrecía, la deuda del hombre con Dios quedaría saldada, y el orden de la creación roto por el pecado, restaurado”⁴ (Federico Suárez).

Hay muchos libros escritos sobre la Eucaristía y sobre la Santa Misa en particular. De algunos tenemos referencia al final de cada capítulo de este libro, pero hay muchos más. Es bueno saberlo y es bueno animarse a leer, que es profundizar sobre este o aquel aspecto del misterio eucarístico. Estamos ante el centro de la vida cristiana, el misterio de la Redención, el alimento del alma. Por eso, todo lo que se diga, todo lo que se escriba, siempre será bienvenido, porque las diversas formas de contar suelen ser enriquecedoras.

El problema a veces es cómo acceder a esos libros y, también, una dificultad para comprender ciertos argumentos que pueden resultar arduos, especialmente si son libros en

4 Federico Suárez, *El sacrificio del altar*, Rialp 1989, p. 47

3. Participar, no oír. Alma sacerdotal

“Los tres sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y del Orden sacerdotal confieren, además de la gracia, un carácter sacramental o ‘sello’ por el cual el cristiano participa del sacerdocio de Cristo y forma parte de la Iglesia según estados y funciones diversos. Esta configuración con Cristo y con la Iglesia, realizada por el Espíritu, es indeleble (Concilio de Trento: DS 1609); permanece para siempre en el cristiano como disposición positiva para la gracia, como promesa y garantía de la protección divina y como vocación al culto divino y al servicio de la Iglesia. Por tanto, estos sacramentos no pueden ser reiterados” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1121).

Ser otros cristos, sentirnos otros cristos. Es la grandeza del sacrificio de la misa, renovación del sacrificio del Calvario. El sacerdote ordenado es ministro imprescindible para la validez de la misa, pero cada uno de los fieles presentes, con alma sacerdotal, está ofreciendo a Dios Padre el sacrificio del Hijo. Es lo que enseña la Iglesia, en el Catecismo, como hemos visto.

Por lo tanto es una “disposición positiva para la gracia, como promesa y garantía de la protección divina y como vocación al culto divino”²⁸. Por eso podemos insistir en que

28 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1121

4. Las partes de la Misa

“Haced esto en memoria mía” (Lc 22, 19), son las palabras de Jesús en la Última Cena con las que manifiesta la importancia de repetir siempre, a lo largo de los siglos, su sacrificio redentor, de la misma manera que en la antigüedad se repetían los sacrificios. Ahora solo tiene sentido volver a celebrar, el sacrificio eucarístico, renovación del sacrificio del Calvario y así lo hemos visto desde los primeros cristianos. Hasta nosotros llega, por lo tanto, el empeño de renovar ese ofrecimiento del Señor y es lo que han hecho los cristianos a lo largo de los siglos y lo que hacemos ahora.

El Catecismo de la Iglesia nos dice: “La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, es decir, de la obra de la salvación realizada por la vida, la muerte y la resurrección de Cristo, obra que se hace presente por la acción litúrgica” (1409).

Esta es la Santa Misa que debemos comprender bien, para saber qué es lo que hacemos cada día. A lo largo de los siglos se ha ido conformando con los ritos que ahora celebramos.

El Santo Sacrificio del altar consta de cuatro partes bien definidas que debemos conocer para darles la importancia que tiene cada una. Según lo vemos aquí sería el ejemplo de la misa de los domingos o día de fiestas importantes.

5. Dar gracias. Pedir

La iglesia nos enseña que el sacrificio eucarístico tiene cuatro fines: fin latréutico, que viene de latría, adoración; fin eucarístico, de agradecimiento por los bienes recibidos; fin expiatorio, porque en la misa pedimos perdón por nuestros pecados; y en cuarto lugar, impetratorio, de petición, porque en nuestra participación en el Santo Sacrificio manifestamos nuestras necesidades y pedimos.

Hablando con detenimiento de la idea de sacrificio, a la que hemos dedicado varios capítulos (2.1 a 2.5), hemos comprendido que el holocausto tiene un valor latréutico, de alabanza, por definición. También ha quedado muy claro que el sacrificio es redentor. Desde nuestros primeros padres, pasando por todos los personajes del Antiguo Testamento, vimos que se ofrecían sacrificios para buscar el perdón de los pecados.

Nos quedaría ahora hacer hincapié en la actitud lógica de agradecimiento de una persona de fe, al ser consciente de todo lo que hizo Jesucristo muriendo en la Cruz por nosotros, y de tantas gracias como hemos recibido, que nos lleva a seguir pidiendo, porque somos conscientes de que necesitamos la ayuda de Dios. Por eso sabiendo cuánto nos ayuda el Señor, le damos gracias, especialmente en la misa: “Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo, de su admirable resurrección y ascensión al cielo, mientras esperamos su venida gloriosa, te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo” (Plegaria eucarística III).

6. El silencio, el recogimiento, el seguimiento

“A los cristianos ucranianos les gusta contar la historia de cómo sus antepasados «descubrieron» la liturgia. El año 988, el príncipe Vladimiro de Kiev, a punto de convertirse al Evangelio, envió emisarios a Constantinopla, capital de la Cristiandad de Oriente. Allí fueron testigos de la liturgia bizantina en la catedral de Santa Sofía, la iglesia más grandiosa del Este. Después de familiarizarse con el canto, el incienso, los iconos –pero, sobre todo, la Presencia–, los emisarios informaron al príncipe: “no sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra. Nunca hemos visto tanta belleza (...). No podemos describirlo, pero esto es todo lo que podemos decir: allí Dios habita entre los hombres”⁴² (Scott Hahn).

Seguramente nos hemos planteado alguna vez cómo es el ambiente en la iglesia a la que puedo o suelo asistir a misa los domingos. Puede ocurrir que sea amable, animante por la cantidad de gente, algunos conocidos, vecinos del lugar. O puede ser poco atrayente porque solo encontramos unos ancianitos y algunas personas más, de diversas edades. Los contrastes pueden ser muy grandes. Hay iglesias que tienen una organización perfecta de bancos, luces, sonido, sitios para los niños, y otras que no, porque hay poca gente.

42 Scott Hahn, *La Cena del Cordero*, Rialp 2002, p. 50

7. Cómo prepararnos

Con tiempo

La misa dominical es el acontecimiento más importante de toda la semana para cualquier persona con fe. Nos vamos a encontrar con el Señor uniéndonos al sacrificio eucarístico con alma sacerdotal. Por lo tanto hay que prepararlo. Si pensamos en otros eventos relevantes de nuestra vida, podríamos comparar. Si resulta que vamos a asistir a un concierto de música clásica, sabemos que los interesados se van acercando al auditorio con tiempo, muchas veces encontramos ya a la puerta bastante gente antes incluso de la apertura de la sala. Cuando al fin se abre, van entrando y situándose en la butaca correspondiente, y vuelven a releer, ahora que falta poco tiempo, el folleto donde están los datos del director, de lo que van a escuchar. Y, llegado el momento, un gran aplauso recibe a los músicos y sobre todo al director, cuando se van situando.

En las parroquias con gran afluencia en la misa del domingo, se ve llegar a los fieles con tiempo, entre otras cosas para coger un sitio adecuado, pues no hay reserva de asientos numerados, como en el concierto o el cine. Pero si nos quedáramos cerca de la puerta nos daríamos cuenta de que algunos llegan tarde. No dos o tres, quizás más. No con cara de agobio por el retraso, aunque quizá sí con un poco de pena por la tardanza.

Cada uno debemos pensar en lo que vamos a hacer para tener ese respeto ante el máximo acontecimiento de nuestra

8. El “cuándo”. Las prioridades

Cuál es el mejor momento, la mejor hora, para participar en el sacramento eucarístico. Hay que distinguir entre el fiel que participa en la misa todos los días y el que lo hace solo en domingos y fiestas de guardar. El que se plantea asistir cada día, ya tiene muy medido cuál es el mejor momento según la cercanía de la iglesia que le interesa, sabe bien los equilibrios que tiene que realizar compaginando la entrada en el trabajo, el horario de misas de la parroquia, y los niños que deja en casa, si es el caso.

Pero podríamos fijarnos ahora, sobre todo, en los fieles que van a misa los domingos y fiestas de guardar. Si es un paisano que vive en un pueblo perdido de Castilla, sabe que el párroco, que lo es también de otras tres o cuatro parroquias de alrededor, celebra en el pueblo a una hora bien prevista y anunciada y, por lo tanto, solo tiene que organizar su día para tener libre esa hora, salvo que pueda ir también al pueblo vecino.

Pero en las ciudades hay diversas iglesias, distintos horarios, a lo largo de todo el día. Y aquí es donde nos planteamos las dudas.

Podemos ir por la mañana o por la tarde. Temprano o a mediodía. O a la última misa, justo antes de las horas normales de cenar. Puede haber para todos los gustos y de hecho hay parroquias con celebración a las horas más variopintas. Pero querría detenerme en la cuestión de las prioridades. Para un cristiano normal lo más importante que tiene que

9. Diversas celebraciones

Misas para niños

Es dudoso que las misas pensadas para los niños sean siempre verdaderamente eficaces para conseguir una costumbre de piedad. Con estas celebraciones se busca que los niños asistan más fácilmente, porque se divierten con las músicas, canciones, o modos de presentar la liturgia. El folclore, la diversión, la música más o menos pensada para niños, no es algo que les haga sintonizar en todos los casos con la piedad y con la auténtica liturgia. Si el niño va por el folclore, difícilmente irá, cuando crezca, a la auténtica liturgia.

Normalmente los jóvenes que participan con atención y cierta comprensión en la misa dominical son los que han asistido con sus padres desde niños, procurando no molestar y estar atentos a las indicaciones de los padres o hermanos mayores.

En esto, como en todo, hay muchos matices. Hay misas para niños que son verdaderamente piadosas, con música que introduce a ese público en la adoración y en el amor a la eucaristía. Generalmente asisten a esas misas con sus padres, que serán quienes realmente los ayuden a ir entendiendo.

Antes de llevar a los niños a esas misas, convendrá que los padres asistan en alguna ocasión, para calibrar y comprobar que realmente sirven para aprender a rezar y para ir adentrándose poco a poco en el misterio de la presencia de Jesucristo en esas celebraciones. Si consideran que son piadosas y recogidas, procurarán llevar a esa iglesia a sus niños.

10. Misa frecuente

“Una sola vez, en la plenitud de los tiempos, se manifestó para destruir el pecado por el sacrificio de sí mismo (Hebr., 9, 25 y 26). Y es este sacrificio, incruento ahora –porque Cristo glorioso, sentado a la diestra de Dios Padre, ya no puede morir–, el que ofrece la Iglesia diariamente, y seguirá ofreciendo hasta el fin de los siglos”⁵⁵ (Federico Suárez).

Por todo lo dicho hasta ahora podemos ir profundizando sobre el valor infinito de cada misa, que es renovación del sacrificio del Calvario. Vemos que hay diversas misas que podríamos llamar rituales, como es la del domingo y otros días de fiesta grande, y otras a las que puede asistir un variado tipo de gentes, que comprendan más o menos lo que supone la misa, como las de las bodas o los funerales, donde quien más quien menos se ve involucrado. Pero si seguimos en nuestro afán de profundizar en lo que es la misa, entenderemos por qué hay bastantes cristianos que van a misa todos los días.

Si meditamos con frecuencia lo que significa cada misa, si tenemos en cuenta todo lo dicho hasta ahora, nos parecerá bastante normal que haya quien participe todos los días en el Sacrificio de Jesucristo, que se renueva cada día. Y el mero hecho de tener presente esa realidad, la asistencia diaria, es motivo para profundizar y considerar la riqueza propia de esa práctica. Nos lo dice el Papa Pío XII: “Conviene, pues, venerables hermanos, que todos los fieles se den cuenta de

⁵⁵ Federico Suárez, *El sacrificio del altar*, Rialp 1989, p. 62

11. La música sacra

“Cuando en la Iglesia parroquial de Traunstein se tocaba en los días de fiesta una misa de Mozart, para nosotros, muchachitos venidos del campo, era como si el cielo estuviera abierto. Delante, en el presbiterio, se alzaban columnas de humo de incienso, en las que el sol se refractaba. En el altar se llevaba a cabo la acción sagrada que sabíamos que nos abría el cielo. Y desde el coro nos llegaba una música que no podía proceder más que de aquella otra esfera. Una música en la que se nos revelaba el júbilo de Los Ángeles por la belleza de Dios. Algo de esa belleza se hacía presente en medio de nosotros”⁶¹ (Benedicto XVI).

Nos podría bastar esta descripción que hace el Papa Benedicto de su experiencia, en sus años jóvenes. La emoción que le producía esa música que le llevaba al cielo. En los tiempos que corren da la impresión de que, para oír esa música magnífica, compuesta para la liturgia, tuviéramos que asistir a un concierto en tal o cual sala. Es muy difícil, al menos en nuestros ambientes latinos, conseguir una música sagrada que verdaderamente nos lleve a Dios.

Dice San Pío X: “Como parte integrante de la liturgia solemne, la música sagrada tiende a su mismo fin, el cual consiste en la gloria de Dios y la santificación y edificación de los fieles. La música contribuye a aumentar el decoro y esplendor de las solemnidades religiosas, y así como su

61 Peter Seewald, *Benedicto XVI, una vida*, Mensajero 2020, p. 198

12. El valor de la misa

“La Eucaristía nos conduce a la fuente de la verdadera vida, de la vida invencible, y nos descubre dónde y cómo se encuentra la vida verdadera: no en las riquezas, en la posesión, en el tener. Sólo quienes siguen los pasos de Cristo cargado con la Cruz se hallan en el camino de la vida”⁶⁴ (Joseph Ratzinger).

Participar en el sacrificio eucarístico es introducirse en un ámbito sagrado. Nos unimos a la Trinidad del cielo. Estamos en algo distinto a nuestra vida, al resto de las acciones diarias. Es volver a ofrecer a Dios Padre el sacrificio de su Hijo. De forma incruenta, pero realmente, sacramentalmente, estamos uniéndonos a Jesucristo que se ofrece por la salvación de la Humanidad. Eso hace que haya una transformación en nuestros modos de estar o de comportarnos.

Por todo lo dicho en los capítulos anteriores y en la medida en que nos paramos a meditarlo, somos cada vez más conscientes de que la participación en el sacrificio eucarístico es lo más grande que podemos hacer en nuestra vida.

Escribe San Pablo VI: “Pues cada Misa que se celebra, se ofrece no sólo por la salvación de algunos sino también por la salvación de todo el mundo. De donde se sigue que aunque a la celebración de la Misa convendrá en gran manera por su misma naturaleza que un gran número de fieles tome parte activa en ella, no por eso se ha de desaprovechar, sino

⁶⁴ Card. Joseph Ratzinger, *El camino pascual*, BAC 2005, p 127

13. Presencia de Jesús en el sagrario. Vida eucarística

La unión espiritual con Cristo, a la que se ordena el mismo sacramento, no se ha de procurar únicamente en el tiempo de la celebración eucarística, sino que ha de extenderse a toda la vida cristiana, de modo que los fieles cristianos, contemplando asiduamente en la fe el don recibido y guiados por el Espíritu Santo, vivan su vida ordinaria en acción de gracias y produzcan frutos más abundantes de caridad. Para que puedan continuar más fácilmente en esta acción de gracias, que de un modo eminente se da a Dios en la Misa, se recomienda a los que han sido alimentados con la Sagrada Comunión que permanezcan algún tiempo en oración (Pablo VI, Eucharisticum mysterium, n. 38).

Nos encontramos en estas palabras de San Pablo VI la doctrina multiseccular de la Iglesia sobre la devoción eucarística en los lugares sagrados. Todos sabemos muy bien que es doctrina de la Iglesia la permanencia de la presencia real de Jesucristo en la sagrada forma después de la misa. Desde los primeros momentos del cristianismo se practicó la costumbre de llevar la comunión a los enfermos, lo cual no tendría sentido si no estuviera el Señor en las especies eucarísticas. Como consecuencia lógica, el siguiente paso fue guardar las formas consagradas en algún lugar digno, para facilitar esa distribución. Y como consecuencia se desarrolla la adoración de esos lugares en donde está Jesús sacramentado.